

## REFLEXIONES PARA EL 14º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO ~ 03 de julio de 2022

### El Monte ~ La Residencia de Littledale

"Quien lee las palabras de la oración con gran devoción puede llegar a ver las luces dentro de las letras". Estas palabras de las enseñanzas jasídicas sobre la oración contemplativa cobran vida en nuestras lecturas de la Liturgia de la Palabra de este día. Cada una de nuestras cuatro lecturas contiene luces, símbolos y sonidos que resuenan no sólo en nuestras mentes, sino también en nuestros espíritus.



La primera lectura de Isaías 66 fue escrita en la época del regreso del exilio babilónico, un tiempo en el que la comunidad judía se encontraba de nuevo en la tierra. Pero ahora estaban en una tierra que ya no les pertenecía, estaban experimentando nuevas relaciones con los extranjeros, ya que muchos de ellos estaban ahora casados con personas que no eran judías, tenían una nueva forma de relación con su Dios ahora que el templo había sido destruido, y tenían una nueva apreciación de la importancia de la palabra escrita - sus escrituras - en la formación de su tradición de fe. La lectura de hoy habla de su confianza en el Dios que los rescató del exilio. Su confianza se expresa de tres maneras: una llamada a la alegría, Jerusalén personificada como una madre, y Dios consolando a los hijos de Jerusalén.

La llamada a la alegría se produce al reconocer la tristeza y el dolor de sus vidas pasadas, pero sabiendo que han vuelto a casa, a Jerusalén y a la región circundante. La expresión de su alegría se presenta de forma simbólica, "para que amamántéis y os saciéis de su pecho consolador; para que bebáis con deleite de su seno glorioso" (Is 66,11). Jerusalén es presentada como una madre con su hijo recién nacido, que consuela a su hijo y le da leche nutritiva. Es importante observar la dignidad de la mujer que se inserta aquí en el reconocimiento de la presencia de Dios para el pueblo de Judá, que lo consuela y lo cuida.

Pero, en el siguiente versículo, el símbolo se profundiza aún más. Ahora se presenta a Dios como una madre: "Como una madre consuela a su hijo, así os consolaré yo; seréis consolados en Jerusalén" (Is 66,13). No es la primera vez en el Antiguo Testamento que se imagina a Dios como una madre. Leemos en Números: "¿He concebido yo a todo este pueblo? ¿Acaso los he dado a luz para que me digas: "Llévalos en tu seno, como una nodriza lleva a un niño de pecho, a la tierra que prometiste bajo juramento a sus antepasados"? (Núm. 11,12), y en el Deuteronomio, "No te acordaste de la Roca que te dio a luz; te olvidaste del Dios que te dio a luz" (Dt. 32,18). Hay varias referencias a Dios como madre en el libro de Isaías. En Isaías 42:14, Dios grita como una mujer de parto: "Gritaré como una mujer de parto, jadearé y resoplaré". En Isaías 49,15, Dios es representado como más atento y compasivo que una madre lactante, "¿Acaso una mujer puede olvidar a su hijo lactante, o no mostrar compasión por el hijo de su vientre? Incluso éstas pueden olvidarse, pero yo no me olvidaré de ti". Meister Eckhart, teólogo y místico del siglo XIII, dice: "¿Qué hace Dios durante todo el día? Dios da a luz. Desde toda la eternidad Dios yace en una cama de maternidad dando a luz". Eckhart va más allá y dice: "Todas estamos destinadas a ser madres de Dios, porque Dios siempre necesita nacer".



El Salmo 66 comienza con unas palabras tan conocidas por nosotros: "Alegraos ante Dios, toda la Tierra" (Sal 66,1). Sin embargo, rara vez nos tomamos el tiempo de reflexionar en



nuestros corazones sobre la profundidad de estas palabras. Pensemos en las muchas maneras en que toda la Tierra hace un ruido alegre a Dios: la risa de un bebé, el llanto de una gaviota, el chapoteo de una cascada contra las rocas, el susurro del viento entre los árboles, el maullido de un gatito, el crepitar del fuego, el rezo del rosario, el retumbar de un trueno, la música de Beethoven, el redoble de las olas del mar, el murmullo de un

arroyo, la lluvia que cae suavemente sobre la ventana, el piar de una gallinita, la firma de este salmo . . . Piensa en las formas en las que tú personalmente haces un ruido alegre a Dios: en tu oración matutina, en tus risas con los amigos, en tus palabras de consuelo a alguien que sufre, en el hecho de compartir una historia divertida, en tu simple saludo a un empleado, en tus sinceras palabras de agradecimiento a alguien, en tu petición de justicia para la Tierra. Esta semana, tómate momentos cada día para escuchar el ruido alegre de la Tierra, dando alabanza y agradecimiento a Dios en el sonido. Tómate un momento cada día para hacer tú mismo un ruido alegre dando alabanza y agradecimiento a Dios.

Los sonidos resonantes de las lecturas continúan en la breve lectura de la carta de Pablo a los Gálatas, con sus dos hermosas palabras de bendición: "En cuanto a los que sigan esta regla, la paz y la misericordia estén con ellos y con el Israel de Dios" (Gal 6,16) y "Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu, hermanos y hermanas" (Gal 6,18). Como dice la lectura, esa paz y esa misericordia traerán consigo "una nueva creación" (Gal 6,15). Recordemos que los gálatas habrían escuchado estas palabras en voz alta, no en forma escrita, ¡otra forma de "hacer ruido de alegría"!

En el pasaje del Evangelio de hoy (único entre los cuatro Evangelios), el escritor describe a Jesús nombrando a "otros setenta y los envió delante de él, de dos en dos, a todas las ciudades y lugares a los que él mismo pensaba ir" (Lc 10,1). Leemos casi el mismo envío en Lc 9,1-6, cuando Jesús nombra a los Doce: deben ir a "todas las ciudades y lugares", no deben llevar ningún tipo de apoyo (ni bolsa, ni sandalias), y deben expulsar a los demonios, curar a los enfermos, enseñar la llegada de la familia de Dios y traer "la paz" (Lc 10,5-6). No deben quedarse donde no son bienvenidos, no deben imponerse a la gente que decide no escuchar. ¿Por qué "setenta"? Setenta es un símbolo de toda la humanidad, de todos los pueblos de la Tierra: en el Génesis 10 se nos dice que hay setenta "naciones" que descienden de los tres hijos de Noé, después de que el diluvio destruyera a todos los pueblos de la Tierra.

Conocemos a los Doce por su nombre, todos hombres. También sabemos por Lucas 8 que había mujeres entre los seguidores de Jesús: "Los doce estaban con él, así como algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, y Juana, mujer del mayordomo de Herodes, Chuza, y Susana, y muchas otras, que las mantenían de sus recursos" (Lc 8,1-3). Es probable, pues, que entre los "otros setenta" hubiera mujeres. En los cuatro relatos evangélicos, solemos encontrar a las mujeres discípulas en grupo (apoyando a Jesús y a sus discípulos, estando al pie de la cruz, velando en el sepulcro, apareciendo después de la resurrección), y, en los Hechos y en las cartas de Pablo, encontramos a menudo a las mujeres discípulas en parejas o en pequeños equipos. En los Hechos de los Apóstoles, que fueron escritos por el mismo autor que el Evangelio de Lucas, encontramos a Priscila y Aquila mencionadas tres veces (Hechos 18,2-3, 18, 26) y otras tres veces en las cartas de Pablo (1 Cor 16,19; Rom 16,2-5; 2 Tm 4,19). Las cartas de Pablo también hablan de Andrónico y Junia (Rom 16,7), Euodia y Syntyche (Fil 4,2-3), Trifena, Trifosa y Persis (Rom 16,12), y Nereo y



su hermana (Rom 16,15). El hecho de que los "otros setenta" salgan "de dos en dos" sugiere fuertemente la inclusión de mujeres discípulas entre ellos.

Dondequiera que fueran los setenta discípulos, era como si el propio Jesús estuviera con ellos. Confiaba en ellos para llevar la paz, enseñar y curar. Les advirtió que seguirle no siempre sería un camino fácil: a veces serían acogidos con cariño y otras veces serían ignorados o tratados sin respeto. Sólo conocerían su recompensa cuando sus "nombres estuvieran escritos en el cielo" (Lc 10,20). Tú sabes, por tu propia experiencia de "discípulo misionero" (como nos llama el Papa Francisco en su *Alegría del Evangelio*), que lo que Jesús dijo a los setenta ha sido cierto para ti. Por eso, te pregunto hoy (no después de haber muerto): "¿Cómo está escrito tu nombre ahora en el cielo?". ¿Por qué el cielo se alegra de quién eres y de lo que has hecho?

La escritora espiritual [Jan Richardson](#), en su obra "Blessing in the Dust" (Bendición en el polvo), describe las recompensas de estar entre esos "otros setenta":

Pensaste que la bendición vendría en la estancia;  
en echar tu suerte con este lugar, con esta gente;  
en el aprendizaje del arte de permanecer, de morar.

Y ahora te encuentras de nuevo en el umbral.

El hogar que habías esperado, que habías anhelado,  
está detrás de ti – no es tuyo, después de todo.

La claridad llega como un pequeño consuelo, tal vez,  
pero llega: iluminación suficiente para el siguiente paso.

A medida que avanzas, que sientas todo el peso de tus dones  
recogido en tus dos manos,

la medida completa de su gracia

en tu corazón que sabe que hay un lugar para ellos  
para el tesoro que llevas.

Te prometo que hay una bendición en la partida,

en el polvo que se desprende de tus zapatos

mientras caminas hacia el hogar –

no el que dejaste, sino el que te espera,

la que ya te tiende la mano

en la bienvenida, en la alegría por los regalos que nadie más que tú podría traer.

Alégrese hoy de que sus nombres están escritos en el cielo, alégrese por los regalos que nadie más que ustedes podría traer.

